

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ HACEMOS CUANDO HACEMOS CIENCIA?

Andrés Piqueras

Profesor Titular del Departament de
Filosofia, Sociologia, Comunicació Audiovisual i Publicitat.
Àrea de Sociologia. Universitat Jaume I.

La Ilustración sentó las bases de un cambio de cosmovisión y el alcance de una metateoría en el mundo de la Ciencia. Se produjo, a la sazón, un desplazamiento del “qué conozco” al “cómo puedo conocer”. Kant nos había enseñado que la conciencia humana es responsable de la propia configuración del mundo, ya que las formas y categorías perceptuales de nuestra experiencia sensorial son impuestas por una mente activa y estructurada; también el mundo interno es construido y mediatizado por las propias condiciones innatas del pensamiento humano. Por tanto, nada puede ser conocido en su verdadera *esencia* por los seres humanos, que necesitarían para ello a Dios.

Sin embargo, el posterior desarrollo de la ciencia positiva y “empírica” dio la espalda a tales presupuestos para centrarse por encima de todo en lo que de la realidad es palpable e inmediato a los sentidos, como asimismo a los instrumentos de análisis –confundiendo tal inmediatez con la realidad misma-. Ha habido que esperar a cierto desmoronamiento, o si se prefiere, reorganización de las ciencias consideradas “positivas” y “naturales”, para acompañarse en alguna medida a aquellos ya lejanos planteamientos metafísicos.

Poco a poco la física cuántica a partir de las formulaciones heisenbergianas, la termodinámica en su segundo principio o principio entrópico, la teoría general de los sistemas, entre otras aportaciones de las ciencias *naturales*, han comenzado a socavar los más sólidos pedestales en los que se sustentaba nuestro mundo físico y también nuestra noción de la realidad. [Hoy ya no sólo dudamos de nuestro conocimiento, sino que sospechamos definitivamente –una vez que *Dios ha muerto*- que no es posible *el* conocimiento del mundo].

Aventura a la que se unió con entusiasmo la cibernética de segundo orden o cibernética social, la cual se proponía a sí misma como una epistemología del proceso de conocer (quién conoce, qué conoce, cómo se conoce), desde el presupuesto de que las nociones no son independientes de nosotros, los observadores, los usuarios de ellas: todo lo dicho sobre un objeto resulta relacionado con nuestras propiedades ontológicas para hacer tal observación. Lo que ha implicado el cambio de orientación de los objetos observados a los observadores que al observar “crean” lo observado.

En concordancia, las ciencias sociales, aunque lentas y, dadas las resistencias ofrecidas por sus paradigmas vigesimonónicos, renuentes a seguir

con facilidad el empuje de aquellas disciplinas, comenzaron también a reorganizar su objeto de estudio. El propio estructuralismo terminó por dialectizarse a sí mismo, y proponía a través de autores como Bloch, Piaget o Goldmann, una versión *genética* o procesual de las estructuras encarnadoras de lo real¹.

Como apunta el sociólogo Pablo Navarro en un libro prometedor para el desarrollo de las llamadas "ciencias noológicas" (*El holograma social*), en las primeras etapas de su surgimiento las ciencias suelen relacionarse con su objeto propio como algo inmediatamente intuible en un cierto ámbito de la real. Sólo en un estadio más avanzado comienzan a asumir como problema central no ya la caracterización de los rasgos centrales de su objeto constituido, sino el estudio de los mecanismos que permiten la constitución de tal objeto. Nos relata, por ejemplo, que la diferencia fundamental entre la vieja historia natural y la biología moderna estriba en que para aquélla el organismo se concebía principalmente en su condición de fenotipo, por lo que se trataba de clasificar, describir y analizar las determinaciones visibles de su objeto de estudio. La biología moderna, sin embargo, trata de conocer los mecanismos que permiten tales determinaciones en la superficie; es decir, las condiciones de posibilidad del objeto biológico en general.

Sólo ahora la Ciencia Social está comenzando a dar el paso que la desliga de su focalización en la descripción y análisis de lo que se manifiesta socialmente, para volver su atención a los propios mecanismos de constitución de lo social. Se trata, en suma, de dar el abismal salto cualitativo del estudio de los rasgos manifiestos de lo social (y por tanto de considerar a lo social como un objeto constituido), al estudio de los mecanismos que permiten su constitución (lo social como algo en continua constitución-transformación).

Ahí es donde irrumpe la ciencia social ontológica. Y con ella el señalamiento del *sujeto* como constituyente de la realidad. Esa realidad o *todo social*, es una realidad autotrascendente: cada una de sus partes refleja, y en cierto modo es ese todo en el que se incluye, dado que su organiza-

1 Si Goldmann había apuntado a las estructuras como configuraciones transitorias del movimiento de las cosas mismas y de sus productores, Piaget lleva la comprensión del estructuralismo de la mano del constructivismo: esas estructuras no se pueden desentender de las actividades constructivas de la acción del *sujeto epistémico*, entendido éste más allá del sujeto individual, como núcleo cognoscitivo común a todos los sujetos de un mismo universo social.

ción es (ultra)holográfica². Lo que significa que todo está presente en todo e interconectado, razón tanto de su estabilidad como de su cambio.

Pero desde esta epistemología, si la realidad social deja de ser algo *objetivo*, no se pretende que, como desde ciertos enfoques se ha querido imponer, sea inter-subjetiva, sino más bien trans-subjetiva. Lo que quiere decir que se sitúa a la vez en una dimensión que trasciende a los agentes aunque es constituida y recreada por éstos. De manera que la objetividad/subjetividad no están determinadas en un sentido absoluto, ni tiene sentido separarlas como realidades estanco, ya que la realidad social se reproduce de forma holográfica en todos y cada uno de los agentes *que la dan vida*, que la contienen y que al tiempo la proyectan mediante sus conciencias, en una condición infinitamente reflexiva sobre sí misma. [Sólo si elegimos una posición cualquiera de un determinado observador tendremos una mínima impresión coherente de lo que en sí –la realidad– es incoherente: esto es lo que hacemos cuando constituimos, como observadores, un objeto de conocimiento].

Todos estos enfoques coinciden, por tanto, en sus esfuerzos por la recuperación del *sujeto*, y de su visión del mundo como configuradora del mismo.

[Escenario en el que se encuadra el artículo de Manuel Montañés, en este número. Sólo que además, conectando con lo que a continuación se expresa, Montañés nos hablará también de las posibilidades de democratización tanto del conocimiento como de la construcción del mundo].

Sin embargo, la “recuperación de los sujetos” a la que estamos haciendo mención, se ha producido fundamentalmente en tanto que *sujetos observantes* (desde el –pretendido– infinito abismo que nos separa como seres únicos, primero filogenética y después ontológicamente). No tanto como *sujetos políticos* (esto es, como *sujetos ubicados* en una determinada posición social y en ciertos ejes de fuerza y poder con respecto a los demás agentes que nos acompañan en la perpetua tarea de construir y *vivir* el mundo).

En referencia a esta dimensión política de la dialéctica realidad/sujetos, dos consideraciones:

2 En un Universo sin centro, la realidad tampoco tiene punto nodal de referencia. El centro se encuentra allá donde se sitúa el sujeto. De ahí también la imposibilidad de que la parte conozca en su plenitud al todo, dado que ella le integra y le modifica constantemente con su diferente posición (actuar) y conciencia (imaginar, pensar...). Todo lo que decimos o hacemos *de* y *en* “la realidad”, la modifica, por lo que el conocimiento nunca puede ajustarse definitivamente a un mundo “definitivo”.

1^o] Por una parte, advertir, como hiciera Du Preez³, que a lo largo de nuestra evolución hemos desarrollado ciertas formas de relacionarnos entre nosotros y con el mundo. Puede haber infinitas maneras de concebir y materializar dichas relaciones, pero nunca serán *arbitrarias*. No hay una no-realidad sin nosotros, un universo vacío y pasivo que espera nuestras creaciones. Antes bien, nuestras concepciones y construcciones *de* y *en* la realidad, están a su vez *moldeadas* y condicionadas por esa realidad o plurirrealidades en las cuales existimos, y que se retroalimentan con nuestro actuar en el mundo y con nuestra concepción del mismo.

2^o] Por otro lado, no todos los agentes sociales tienen o tenemos las mismas posibilidades de “crear” o “definir” realidad para los demás. El mundo social responde a sus propios procesos de constitución establecidos, entre otras, a través de dinámicas y relaciones de fuerza y poder. Y es desde el mundo social (es decir, en sociedad), y a partir de nuestra diferente inserción en el mismo, como construimos la realidad, nunca como agentes individuales.

Lo cual ni desconsidera, ni nos exime de, nuestro papel en la moldeación de ese mundo.

En este sentido sí han sido reseñables los esfuerzos de la Ciencia Social por desmontar la tan manida dualidad agencia/estructura. Hoy existe un alto grado de consenso sobre el hecho de que la acción social, que responde a parámetros de índole estructural, está dotada a su vez con una capacidad estructurante (lo que Giddens llamó la “instanciación de las estructuras”), racionalizadora o reflexiva sobre la realidad. La *reflexividad*, para los agentes sociales, se entiende como la capacidad de éstos de pensar su acción y las propias estructuras en las que ella se enmarca: esto es precisamente lo que les transforma cada vez más en *sujetos*. Cuanto más *sujetos* (protagonistas) de su propio devenir social (cuanto mejor controlan su propia agencia), menos *sujetados* a las estructuras, más capaces, por tanto, de desmontar y reformular su propia identidad, así como su posición en los diferentes campos sociales en los que están inmersos [y, entonces sí, tener la posibilidad de llevar a cabo diferentes *estrategias* en ellos]⁴.

³ *Politics of Identity*. Basil Blackwell. Oxford. 1980.

⁴ Son propuestas, entre muchas otras, que la Ciencia Social ha ido elaborando para abrirnos a un nuevo espacio en el que ya no tienen cabida las dualidades Determinismo / Libertad; Causalidad / Intencionalidad; Condicionamientos estructurales / Posibilidades creativas; Evolución / Historia real.

Y es aquí donde podemos hacer valer también este concepto de *reflexividad* para resituar o repensar el papel de la ciencia⁵: bien como posibilitadora de sujetos o bien como sujetadora de individuos. Si se opta por la primera vía, y precisamente porque no se olvida que “todos los sujetos están sujetos”, se opta también por el empeño de desvelar sus sujeciones, para posibilitar mejor la acción reflexiva de aquéllos, y con esto la posible, aunque siempre parcial e inacabada, emancipación respecto de estas últimas. O, si se prefiere, para acceder al menos a la posibilidad de abrirse a constreñimientos de otra índole (que interaccionarán de diferente manera con una supuestamente creciente reflexividad).

Estas consideraciones han sido en cierta forma posibilitadas merced a la labor “arqueológica” que había llevado a cabo el postestructuralismo, mediante la cual se intentara trazar la genealogía de la formación de formas de conciencia o subjetivación, y su articulación con concretas expresiones de ejercicio del poder⁶. El desvelamiento de toda una serie de dispositivos de formación de subjetividades pretendía situarse como punto de arranque de una propuesta política de *des-subjetivación*.

Es por eso mismo que si la investigación social atiende solamente a las subjetividades, en su nivel déictico o declarativo, las fetichiza (que es lo mismo que contribuir a fijarlas en su estado actual –sujeto–). Es decir, se desentiende de todo el entramado estructural que las da forma. Que es precisamente lo que ha perpetrado con harta frecuencia la ciencia social positivista (y la fenomenológica-interpretativa que devino de ella): hacer de lo que está en la superficie, el “dato”, y provocar el “dato” a través del habla normalizada. Producimos (estos) datos cuando hacemos hablar a los individuos bajo determinadas circunstancias: aislados, encerrados en nuestro universo referencial –de preguntas–, para que reproduzcan el orden, el discurso dominante o el “normalizado”.

Frente a ello, dado que las estructuras sociales existen dos veces (en cuanto que “condiciones objetivas” más allá de las voluntades de los agen-

⁵ [Recurrente insistencia que hallamos en el artículo del equipo de Antropología y Extensión Universitaria de la UBA, sobre la *reflexividad* respecto de la propia práctica disciplinaria, respecto de la producción de conocimiento].

⁶ Foucault nos había propuesto por qué hay que estudiar el poder (y con él la genealogía del individuo capitalista), como parte de las luchas contra la sujeción. Para recuperar a un *sujeto* capaz de sobreponerse a las formas de subjetividad y de sumisión impuestas. [Quizás es hora ya de atender de verdad a esta otra cara de la moneda: cómo es posible y cuáles son los procesos de formación de sujetos contrahegemónicos. Trabajar el lado de rebelión presente en todo ser humano].

tes, aunque no independientes de ellos, y a su vez "objetivadas", impresas en ellos a través de esquemas de pensamiento y acción⁷), la auténtica tarea de la Ciencia Social consistiría en realizar una doble lectura, "objetiva" y "subjetiva" a la vez, de acciones, intenciones y declaraciones.

[Algo de lo que se ha hecho eco el artículo de Marie José Devillard, al proponernos que la labor de la comprensión antropológica (y por extensión, suponemos que probablemente también del conjunto de la Ciencia Social), es la re-construcción del punto de vista "nativo" (léase para los otros casos, "personal"), a partir de su relación con las condiciones objetivas y subjetivas, materiales y simbólicas que le han constituido históricamente y le constituyen en la actualidad].

Por otra parte, diversas expresiones de la Sociología del Conocimiento Científico (Economía Política de la Ciencia, Programa Fuerte, Análisis del Discurso Científico, Reflexivismo, Redes-de-actores, Sociología de la Práctica Científica, Programa Débil, Estudios Feministas de la Ciencia, entre otras) han llamado la atención sobre el hecho de que la observación, y por extensión, lo experimental y lo formal, no pueden desempeñar el papel de árbitro en la cuestión de elección entre teorías, sino que éstas y su propia lógica están fundamentadas en factores de índole social.

El conocimiento científico no es concebido, desde estas perspectivas, como el resultado de un proceso de comprensión que deriva directamente de la Naturaleza (como si "el significado" fuera una propiedad que emana de los objetos o de *la realidad*), sino como el resultado de una empresa activa, por veces competitiva, por veces cooperativa, generalmente jerarquizada, de individuos y grupos, entre los cuales existen relaciones e intereses que afectan a la producción del conocimiento de la realidad. De hecho, poca importancia conceden a la metodología en la cotidianidad de la práctica científica a la hora de validar o no presupuestos: las teorías no se eligen o rechazan valiéndose de criterios metodológicos, *"un modelo ni es correcto ni incorrecto, ni verdadero ni falso. Es tan sólo más o menos útil para los propósitos en cuestión"*, llegaría a decir

⁷ Bourdieu lo ha formulado a través del concepto de *habitus*, como condiciones objetivas incorporadas a lo largo de trayectorias tanto individuales como colectivas, que se expresan en esquemas de percepción, apreciación y acción, ligados a la definición práctica de lo posible, de lo pensable, de lo que es para nosotros y lo que no: el *sentido común*, sentido de "lo evidente", como resultado de la incorporación de las condiciones "objetivadas" del y sobre el mundo.

Weintraub, en su análisis de la ciencia económica⁸. La metodología se relaciona más bien con una *metanarrativa*, o una estructura normativa para considerar los méritos de las elaboraciones particulares y proporcionar marcos “absolutos” de valoración. Es decir, que la metodología no puede suministrar una base para juzgar o valorar los argumentos más allá de los argumentos mismos [lo cual nos conecta con el principio de incompletud de Gödel: cualquier propuesta científica termina por remitir forzosamente a una premisa que se tiene que dar por entendida, no demostrada: forma parte del marco de lo aceptado].

Desde algunas de estas modalidades se dio un paso más al incidir (de forma más o menos explícita según los casos) en un especial corte vertical: la diferencia de poder entre quienes hacen la ciencia (únicos *sujetos*) y quienes la padecen (transformados en ‘objetos’).

[En la estela de ese corte, pero transversalizándolo, los Estudios Feministas de la Ciencia y, en general, la Ciencia hecha por mujeres, denuncian, como nos recuerda Fátima Perelló en su trabajo, el hecho de que las mujeres no han sido tradicionalmente ni sujeto, ni siquiera objeto del quehacer científico. Desde estas posiciones se enuncia la urgencia de que las mujeres se piensen como sujeto social, e histórico, capaz de desafiar a una comunidad científica articulada en torno a la visión (valga decir, posición social) del hombre].

Por su parte, los “Estudios literarios de la Ciencia” (Teoría Literaria de la Ciencia, Retórica de la Ciencia), a los que pareció suscribirse la Antropología Social en su versión “postmoderna”, trasladó las categorías y métodos de análisis textual a la propia Ciencia, señalándola a la postre como fenómeno esencialmente argumentativo, cuya finalidad es la persuasión de los científicos entre sí, la consolidación de una “comunidad interpretativa”.

[Precisamente en este número, Fermín Bouza quizás quiera ir más allá al llamarnos la atención sobre el hecho de que se esté perdiendo la propia figura del sujeto investigador, que es sustituido por la ‘ley’ de una comunidad científica. Aunque cabría preguntarse, y el autor parece dejarnos con la respuesta en la boca, ¿comunidad o jerarquía?. ¿Los intereses se entrecruzan y se suman, o por el contrario, se

8 Ver a este respecto la Tesis Doctoral presentada en nuestro Departamento (a la sazón de Filosofía y Sociología, de la Universidad Jaume I de Castellón), *Metodología de la Economía: el enfoque pragmático*, de Javier Gómez (Filosofía de la Ciencia). 1994.

supeditan jeràrquicamente (a los de los científicos globales, a los de los Centros del Saber más ligados hoy al Gran Capital)¿?

Es por ello por lo que la antropología postmoderna se cebó sobre todo con las monografías y su proceso de elaboración: las pretendidas usurpaciones del investigador. Reorientando de esta forma su objeto hacia el propio trabajo de campo, y más aún, hacia el mismo proceso de elaboración del texto etnográfico (ahondando la triple herida de la crisis de objeto, de método y de representación que se había abierto en la disciplina).

Incidió, para ello, especialmente en dos niveles de crítica:

- Críticas al contexto de descubrimiento (el trabajo de campo) y a su plasmación científica: la elaboración del texto como obra científica (hablamos, pues, de meta-etnografía).
- Críticas al contexto de validación: descalificación de las técnicas empleadas para elaborar un conocimiento cultural "intersubjetivo".

Unas y otras se sumaron para descalificar el propio papel del investigador, al que se le hace ver como "autoridad monológica" que escribe la historia o la realidad a su antojo, seleccionando sólo aquello que le conviene para la correcta "pulcritud" de su texto, mediante técnicas o procedimientos de dudosa contrastación, meramente interpretativos. Proponiendo por el contrario, una etnografía "dialógica", en la que los sujetos *objeto* de investigación tengan voz en el propio texto, y puedan llegar a interpelar al hacedor del mismo.

No es difícil percatarse de que estas críticas de superficie, que traslucen una clara "apoliticidad", sólo contemplan la relación investigador/investigado como una relación interpersonal, es decir, como si uno y otro fueran sujetos *individuales* (creadores por sí mismos en exclusividad de realidades "densas"). No entran, por tanto, casi nunca, en consideración de las posiciones colectivas en que están inmersos unos y otros, ni de los procesos substráticos que ordenan y permean esas relaciones⁹ y que las confieren otro tipo de explicación más allá del mero intercambio de subjetividades.

⁹ Las relaciones de poder, primero social, y luego académico, que penetran la posibilidad y la modalidad de la intervención científica y de su plasmación en forma de saber válido (esto es, su *para qué* y *para quién*), quedan fuera de la óptica de esas críticas. También las "colectividades" (o *cleavages* sociales) de pertenencia o de referencia, a partir de las que unos y otros *interpretamos*.

Y por lo que a estas subjetividades se refiere, tampoco nos dicen nada las críticas postmodernas sobre qué peso de validación se las otorga. Es decir, cuál es su 'representatividad'. ¿A cuántas hay que apelar, y a qué tipo de ellas, para que una investigación pueda recubrirse con el manto de "objetividad", o para que la interpretación del investigador o investigadora sea suficientemente respaldada?

[Sobre todos estos detalles nos hablan con profusión y ricos matices de análisis, los trabajos del equipo de Antropología de la Universidad de Buenos Aires y el de Marie José Devillard, aunque quizás con diferente hincapié político].

Describir, traducir, interpretar, explicar: son siempre necesariamente procesos de "usurpación", mientras los sujetos no puedan realmente tener voz, y no sólo en los textos "dialogados" que supuestamente fabrican los antropólogos en los últimos tiempos, sino en la sociedad.

Se nos antoja, ante todas estas consideraciones, que la cuestión clave continúa siendo desde dónde se hace y para quién se hace la ciencia.

Algo que fue precisamente el elemento de partida de la Investigación-Acción-Participante (IAP) y Participada. Lo que la dota de una vigencia renovada según se pierden en su propio laberinto la mayor parte de los esfuerzos académicos postmodernos.

La IAP tiene su razón de ser en el 'señalamiento' de la posición del agente o agentes que realizan la investigación, y la de los agentes *con* quienes se va a realizar, así como en el desvelamiento de su relación dialéctica, y de su inserción en el conjunto del entramado social, del que unos y otros, y la propia investigación, forman parte activa. Desafiando permanentemente, en consecuencia, la consagrada dicotomía sujeto/objeto, en la investigación social.

Entre sus premisas ha estado el advertir de que nuestro Sistema social vive, para su reproducción ampliada, de consumir las energías de las partes que le constituyen, es decir, de nosotros. Con más posibilidades cuanto más inconscientes somos de ello [todo orden se desintegraría si fuéramos conscientes de él (nos decía Ibáñez)]. Extrae información de la gente (a través de sus especialistas intermediarios: los científicos sociales), y la devuelve entropía (dificultad de comprender el orden endeble que mantiene el esta-

do de cosas; obstaculización de la unión, de la formación de sujetos colectivos, de la reflexión en común): nos quiere aislados e in-dividuos (esto es, indivisibles), como si sólo fuéramos una versión de nosotros mismos (la que el orden social modela para cada quien), para que nuestra “subjetividad” sea lo más parecida posible a la que los dueños del orden quieren. Para que esta última, huérfana de análisis “arqueológico”, se convierta tal cual se manifiesta en objeto de estudio, es decir, en refuerzo de ese orden.

Por eso es también precisamente ahí, como nutriente básico de la IAP, donde cobra importancia la nueva irrupción del marxismo (la estrategia epistemológica y de investigación de carácter *práxico* o proyectivo más contundente hasta la fecha –de compromiso respecto a lo que se conoce y hacia con quien se conoce-): para rastrear los parámetros de orden y poder social en las relaciones humanas, y en las relaciones de investigación. Poniendo en evidencia, al tiempo, las proyecciones sociales y políticas de unas u otras perspectivas de investigación.

El objetivo de la dialéctica, y con ella de la ciencia crítica, no es otro que el de colaborar a la conversión de los individuos en sujetos, y a que éstos se (*re*)ubiquen en el campo social; dibujar los espacios de poder en los que nos movemos, para que podamos analizar colectivamente como sujetos de conocimiento (ya todos nos hacemos ‘investigadores’) nuestras sujeciones; haciendo de objeto de estudio el propio Sistema social¹⁰. Neguentropía a los sujetos, entropía al poder, al minar la base sobre la que está sustentado (la exclusividad del conocimiento, la separación de los subordinados...).

El investigador-investigadora, por su parte, se hace un sujeto más, pero no en la forma *light* o demagógica de las propuestas postmodernas, como

10 La Ciencia Social siempre que quiere hacer algo más que ‘contar’ tiene que pasar al nivel declarativo, espacio del habla (sobre todo oral y, en medida más profunda, comportamental), de los sujetos. De ahí puede emprender tres caminos:

1. **Descriptivo** (positivista): *el habla* misma es tomada como ‘dato’ (% de individuos que hacen, dicen o compran tal cosa, valoran de tal manera, votarán a tal opción).
2. **Interpretativo** (fenomenológico-hermeneútico-poético) de ese ‘habla’. Incidiendo sobre los motivos y las intenciones. Vía más comprensiva.
3. **Explicativo** (estructural). Ensamblando la descripción e interpretación dentro de una propuesta de segundo nivel sobre el mundo (Teoría amplia, “estrategia de investigación”, “punto de entrada al mundo”...). Vía más lógico-argumentativa.

Una *ciencia dialéctica*, si es que tiene algún sentido juntar esos dos conceptos, debe ser capaz de enlazar los tres niveles. De tal manera que haga reflexionar al “habla” sobre sí misma, como “habla producida”, y por tanto también sobre el Sistema que la produce. Es un primer paso para que el Sistema se “dialectice”: empiece a transformarse.

si desconociese su posición de poder social, pretendiendo compartir u ofrecer saberes a quienes no han tenido relación con ellos (porque estuvieron ocultos o reservados), sino poniendo a prueba los mismos en su contrastación con las praxis de las personas con quienes investiga. Es decir, renuncia a la “violencia simbólica”, a su revestimiento de saber (ser el único que sabe), para abrirse a la crítica práctica de los agentes sociales (no sólo de sus pares), sometiendo a discusión en cada momento ese saber fabricado ya colectivamente.

Se trata, entonces, de una investigación colectiva que se funda en la acción para buscar la transformación, favorable esta vez a los subordinados.

Por eso, no sólo se concibe como una metodología sino también como una expresión del activismo social, de los *sujetos en movimiento*. Los cuales aumentan de esta forma su control sobre el propio proceso de producción de conocimiento (de ese conocimiento que fue marcado como *válido* o *verdadero*), así como sobre su uso y su multiplicación social.

A estas alturas parecerá que hablamos básicamente de valores. ¿Cómo podría ser de otra forma cuando nos referimos a la ciencia y a lo que hacemos cuando hacemos ciencia?. Los compromisos, propuestas y consecuencias sociales de cada perspectiva teórica y de cada estrategia de investigación *distinguen* a unas de otras, contribuyen a producir distintas realidades sociales.

Por eso, creo, la conveniencia aquí de recordar la recomendación del padre de la cibernética social, Von Foerster, de recurrir a tres parámetros para calibrar la pertinencia de una construcción de la realidad (ninguno de ellos tiene relevancia por sí mismo, separado de los demás)¹¹:

1. Pragmático: toda construcción de la realidad es más pertinente cuanto más posibilidades abre de acción eficaz de los sujetos, en un dominio considerado problemático por ellos.
2. Ético: una construcción de la realidad es más pertinente cuanto más respete y potencie la *autonomía* de los seres humanos, o la “función ecológica” de los organismos no humanos.

11 Heinz Von Voester. *Las semillas de la cibernética*. Gedisa. Barcelona. 1991.

3. Estético: una construcción de la realidad es más pertinente si incluye un movimiento del malestar al bienestar (entendiendo el sentimiento humano como la cualidad estética primaria de nuestra especie).

Probablemente ahí radique la medida de la 'validez' o no de cada producción de la Ciencia Social: en las propias situaciones que posibilita o que ayuda a generar; lo que crea, resuelve, o por el contrario, entorpece, en la *cotidiana realidad* de los seres humanos. Las posibilidades o no que les ofrece de conseguir mejor dominio sobre la misma.